

## Blancanieves y los siete enanitos

Hace mucho tiempo, en un país muy lejano, vivía una princesa llamada Blancanieves.

Cuando todavía era niña, su madre, la reina, murió y su padre volvió a casarse con otra mujer.

Poco tiempo después, el rey murió también y Blancanieves quedó al cuidado de su madrastra.

Ésta era muy hermosa, pero orgullosa y malvada, y no sentía ninguna simpatía hacia la dulce y bondadosa niña.

Cada día, la presumida reina preguntaba a su espejito mágico:

—Espejito, espejito, ¿quién es la más hermosa del reino?

—Tú, majestad —respondía el espejo. Y la reina sonreía satisfecha.

Pero pasaron los años. Blancanieves se convirtió en una bellísima joven. Y un día, cuando la madrastra hizo la pregunta acostumbrada al espejo, éste contestó:

—Blancanieves es aún más bella que tú, majestad.

La madrastra rompió el espejo en mil pedazos. Furiosa, encargó a un fiel sirviente que condujera a Blancanieves hasta el bosque y allí la matara.

—Me traeréis el corazón de la princesa en este cofre —ordenó la reina.

Al día siguiente, el criado llevó a la joven hasta lo más profundo del bosque y allí levantó un gran puñal sobre ella.

—Pero... ¿por qué? —balbució Blancanieves echándose a llorar.

El pobre hombre bajó el puñal y contó a Blancanieves las órdenes que le había dado la reina.

—No te mataré. Le llevaré el corazón de un ciervo —dijo el criado—. En cuanto a ti, huirás y no volverás jamás al palacio.

Blancanieves empezó a andar, sin saber a dónde ir. Al cabo de muchas horas, encontró una encantadora casita en un claro del bosque.

Blancanieves entró en la casa. ¡Todo era diminuto! Puso un poco de orden y subió la escalera. En una habitación había siete pequeñas camitas. Estaba tan cansada que se acostó a lo largo sobre todas ellas. Rápidamente se quedó dormida.

Poco después, los dueños de aquella curiosa morada entraron por la puerta. Eran siete enanitos y venían de trabajar de la mina. Al instante se dieron cuenta de que allí había estado alguien. ¿Estaría todavía?

Con un poco de miedo, los enanitos subieron a su cuarto. ¡Sobre las camas encontraron a la más bella niña que habían visto nunca!

—¡Oooh! —exclamaron con admiración.

Entonces, Blancanieves se despertó. Les pidió perdón por haber entrado en su casa y les contó todo lo ocurrido. Los enanitos la invitaron a quedarse a vivir allí. Con ellos estaría a salvo.

Pasó el tiempo y Blancanieves vivía feliz con sus amigos.

Pero la malvada reina, en su palacio, decidió recomponer su espejo mágico.

—Espejito, espejito, ¿quién es la más hermosa del reino?

—Blancanieves, majestad.

La reina descubrió que su criado la había engañado y, a través del espejo, vio dónde vivía su odiada Blancanieves.

Esta vez, ella misma acabaría con la princesa. Así, se disfrazó de ancianita, envenenó una preciosa manzana roja y, con un cesto lleno de esas frutas, se encaminó hasta la casa de los enanitos.

Llamó a la puerta y amablemente pidió a Blancanieves que la dejara descansar unos minutos. La bondadosa niña

la hizo pasar y le dio un vaso de agua. Después de un rato, la anciana le ofreció la mejor de sus manzanas.

Blancanieves mordió la apetitosa fruta y al instante cayó al suelo. Allí la encontraron los enanitos cuando volvieron de la mina.

Los enanitos lloraron y lloraron. Para poder seguir contemplando a su adorada princesa, hicieron una urna de cristal y la instalaron en el bosque. Todos ellos, con lágrimas en los ojos, la rodearon.

De pronto, el galope de un caballo resonó en el aire.

Un apuesto joven llegó al lugar en el que estaba el grupo. Se aproximó a la urna y, al contemplar aquel rostro tan bello, levantó suavemente la cabeza de Blancanieves para besar sus preciosos labios.

Entonces, la princesa pareció despertar de un largo sueño y un trozo de manzana salió de su boca.

Mientras los enanitos saltaban y reían, Blancanieves y el joven tenían clavada la mirada del uno en el otro. Sus manos permanecían fuertemente enlazadas. ¡Se habían enamorado!

Blancanieves se fue para casarse con aquel joven, que era el príncipe de un país lejano.

Los enanitos despidieron a los dos enamorados. Lloraban, pero eran lágrimas de alegría al ver a su princesa de nuevo viva y completamente feliz.